

LA VUELTA DE LOS DÍAS

LA LUCHA CON LA MUERTE

Entrevista de **DANILO KIS** con **MICHAEL MARCH**

MICHAEL MARCH. ¿Existe una Europa central después de Auschwitz?

DANILO KIS. Se tiene ahora un nuevo concepto de Europa central. Lo hemos inventado entre todos. Como diría Umberto Eco, se trata de una "forma abierta" en la que cada quien percibe algo diferente.

M.M. ¿Qué percibe usted?

D.K. El concepto de Europa central proviene de la necesidad. Se inventó para aludir a las poblaciones atrapadas entre Europa occidental y el bloque del Este: países chicos con pequeñas comunidades lingüísticas, que carecen de identidad cultural. Desde Occidente se ven como parte del bloque soviético. Desde la Unión Soviética se ven como algo añadido, aunque no integrado. La invención de un imperio cultural centro-europeo es secuela de la necesidad.

M.M. "Europa central" se oye como algo imponente.

D.K. Me gusta oírlo.

M.M. ¿Está Occidente interesado en Europa central?

D.K. En efecto. Han descubierto que junto a ellos está una parte de sí mismos, un inmenso espacio cultural que les es desconocido.

M.M. A la postre tal vez se den cuenta de que fueron masoquistas.

D.K. Ya lo han descubierto. O lo están descubriendo, con algún pesar por su propia ignorancia y desidia cultural. Y se sorprenden y muestran arrepentidos de no haberse percatado de su existencia.

M.M. ¿Qué nos dice de su propia existencia?

D.K. Mi poética, si quiere que lo exprese en palabras, consiste en la lucha conmigo mismo. En descubrir, en trascender el narcisismo de la literatura. Quiero superar esta vanidad.

M.M. En muchos de sus títulos se alude a la muerte.

D.K. La literatura, para mí, es la lucha con la muerte.

M.M. No se la puede vencer.

D.K. Yo no puedo.

M.M. ¿Por qué luchar?

D.K. Para darle algún sentido a la vida.

M.M. ¿Se considera un escritor judío?

D.K. No me veo como un escritor judío. Si bien mi obra está hecha de las penas de la familia judía, ello no me da derecho a llamarme un escritor judío.

M.M. La tristeza del judío es universal. Deviene sangre.

D.K. Es verdad. Uno de los temas fundamentales de mi producción es la tristeza.

M.M. Una vez aclarado que usted es un rabino que cuenta historias, ¿cuál es su propia historia?

D.K. Como usted, yo era judío. Fui joven como usted. Fui un poquito de todo. Ahora, sobre todo, soy mortal. En la vida de un hombre existen opciones totalitarias. Como la obsesión judaica totalitaria que usted tiene. Yo también la tuve, pero cambió con el tiempo. He sido un don Juan totalitario. Un escritor totalitario. Pero la opción más duradera es la del hombre que sufre. Que se pregunta si la literatura sirve para algún propósito. ¿Expresará la literatura este sufrimiento metafísico? ¿Habrá que renunciar a todo?

M.M. La literatura, ¿es un pasatiempo egoísta?

D.K. Es, ante todo, la destrucción de uno mismo.

M.M. ¿Desaparecemos dentro del libro?

D.K. Usted es el rabino, no yo.

M.M. Pero este es uno de sus temas en *La Enciclopedia de la Muerte*.

D.K. Si tomamos en serio a la literatura, es un libro sobre la ley. Toda li-

teratura es una biblia.

M.M. La literatura, por su naturaleza y metabolismo, se opone al Estado.

D.K. Esas son ideas totalitarias. La literatura puede no ser nada sino la salsa del hombre sensible.

M.M. ¿Por qué los estados totalitarios dan tanta importancia a la literatura?

D.K. Porque en los estados totalitarios la literatura suele provocar movimientos antitotalitarios. Pero este no es el papel principal de la literatura. Su papel es, sobre todo, metafísico.

M.M. En esa parte del mundo en que usted vive, todavía se encarcela a los escritores.

D.K. Puede ocurrir todos los días. La inseguridad está en el ambiente. Si hoy no estamos en esa situación, podemos estar mañana. En Rumania, por ejemplo, puede uno desaparecer sin dejar huella.

M.M. Así que el comunismo sigue su marcha.

D.K. Así es. El comunismo no es sólo un sistema político. Es una religión con gran número de creyentes, reales y fingidos. Es un credo más con una explicación simplista del mundo. Sus nobles ideas no son tan científicas como se quiere. El comunismo estuvo en uso alguna vez, pero ya no.

M.M. ¿Qué hay de la glasnost?

D.K. Es una palabra demasiado manoseada como para definir mi vida en función de ella. Prefiero Glasgow. El comunismo es eterno. No hay nada que hacer. Es demasiado tarde.

M.M. Muchos escritores afirman que "el Estado es un monstruo" pero ¿acaso el lenguaje no es también un monstruo?

D.K. Es un monstruo y a la vez el instrumento más fino.

M.M. ¿Qué ha logrado usted?

D.K. Nunca he pretendido ir más allá de mis palabras. Si otros han visto en

ellas un ataque al gobierno, ha sido por casualidad. Mi actitud hacia la literatura es completamente egoísta. Me permite sobrevivir.

M.M. ¿Por qué ama a las mujeres?

D.K. Son casi como la literatura. Están en el mismo plano.

M.M. ¿Ama a las mujeres como a un ensayo, o a un poema?

D.K. Como a un poema sobre el que escribo un ensayo.

M.M. Usted no es peligroso.

D.K. Soy peligroso.

M.M. ¿Qué ocurre realmente en Yu-

gostavia?

D.K. No conviene hablar en público de problemas de familia.

Aparecida originalmente en *The Grammarian Monkey*.

Traducción de Jorge Brash

CARTA DE MADRID

TRANSFIGURACIONES

BLAS MATAMORO

ANDALUZADAS

TODOS SABEN EN México quién es Lola Flores. Menos serán quienes conozcan a José María Ruiz Mateos. Miembro de una familia de bodegueros jerezanos, en plena cuenca del señoritismo andaluz, se convirtió, de la noche a la mañana, en la década desarrollista de los 60, en financiero y multiempresario. Se dice que el Opus Dei le confió sus seráficos dineros y construyó así un *holding* de industria y banca conocido como Rumasa, cuyo emblema era, curiosamente, la masónica abeja que ostentaba Napoleón. De algún modo, el Opus es la masonería del catolicismo *yuppie*, y Ruiz Mateos, un pequeño Bonaparte de Jerez.

Unas 400 empresas, con activos ficticios, endeudadas con bancos y aseguradoras de la misma Rumasa, de contabilidad ocultas y escasa devoción por el pago de impuestos, se colocaron al límite de la quiebra en cadena. Ni los ministros de Franco ni los de Adolfo Suárez se atrevieron con la poderosa abeja. Llegaron los socialistas y el cerebro de su política económica, Miguel Boyer, entró a saco en los depósitos de la contabilidad "gris" de Rumasa e intervino el *holding* en 1983. Desde entonces, Ruiz Mateos es objeto de procesos varios, entra y sale de las cárceles, desafía a una justicia que, según él, lo persigue injustamente, intenta mostrarse como un conmovido y algo histriónico bandido justiciero. Sí, he sido un tanto ilegal, pero he dado trabajo a muchos. Boyer me ha robado.

Esta sería la síntesis del razonamiento ruizmateico.

Lola, la Faraona, la Lola superlativa del casticismo español, ha sido también llevada ante los jueces por no pagar sus impuestos. Se reclamó de olvidos, de necesidades familiares. Tiene un marido enfermo, un hijo drogadicto, una hija que aborta con facilidad, una madre largamente moribunda (hoy muerta ya). De todo ello anoticia a la prensa del corazón, a cambio de unas regalías proporcionales. Otros personajes notorios, como el humorista Pedro Ruiz y el periodista Luis del Olmo, se han quejado de que los obliguen a pagar impuestos, a ellos que tanto bien hacen a la sociedad con su buen decir, su buen humor, sus buenos sentimientos y los puestos de trabajo que sostienen.

Los socialistas, empeñados en que el Estado exista, batallan contra esta España estamental, llena de privilegios corporativos y personales. Han tenido peloteras con jueces, catedráticos universitarios, médicos, ahora mismo con inquietos militares que no quieren ser tratados como funcionarios técnicos estatales. A una sociedad patrimonial sucede una sociedad de Estado y clases. Al arcaísmo de muchos siglos de tribus y clanes, sigue una España organizada según criterios de selección meritocrática y democrática. Una prueba de ello es que la Hacienda ha embargado 40 000 cuentas bancarias de morosos al Fisco.

Pero ¿qué une a la cordobesa Lola con el jerezano Ruiz Mateos? Con gesto sufrido y al borde de las lágrimas, Lola ha comparecido ante los estrados judicia-

les. Mujer sola y perseguida, sin un hombre que llevarse a la boca, abuela frustrada y huérfana reciente, la Faraona era la imagen del desamparo. Para colmo, el Fisco socialista le quiso quitar sus últimas monedas y dejarla en las orillas mismas de la mendicidad.

Ruiz Mateos optó por la actitud contraria. Hostigado por un poder injusto, invocó a la Divina Providencia, cuyos despachos atienden en los pasillos del Opus Dei, y prometió a la historia un triunfo sobre el satánico economista Boyer. Y en otro pasillo tribunalicio, lo atacó a puñetazos por la espalda, le rompió las gafas y lo sumió en las penumbras de la miopía más desprotegida. Insultos de los más locales se sucedieron ante cámaras y micrófonos, en tanto una guardia de gorilas impedía que Boyer recuperase sus anteojos astillados.

De algún modo, Lola y Ruiz Mateos invocan la legalidad de la España franquista: la ley no se aplica a ciertos estamentos ni a ciertos individuos. La ley es un privilegio, no una norma. Se basa en excepciones y beneficios. Ruiz Mateos resucita otro arcaísmo: el bandido generoso andaluz del siglo XIX, el cual, aprovechando el desorden de la guerra civil, asalta a los ricos y regala monedas a los pobres. Chulo y pendenciero, patilludo y "echao palante", el Tempranillo, el Niño de Écija o Curro Jiménez, es ilegal y popular a un mismo tiempo.

Lola es menos añeja y más patética. Sola y perseguida, desamparada pero invulnerable, simboliza a esa España del 40 en la cual todos eran sospechosos y perseguidos, a menos que pertenecie-

ran, claramente, al bando de los vencedores y verdugos. España paranoica aquella, en la cual se era rojo, rojillo o mal visto por el mero hecho de no saber bien quién se era. Todos son culpables, salvo prueba en contrario. Todos están procesados y, por excepción, algunos serán absueltos.

Con sus aspectos esperpénticos, tragicómicos, con su vulgaridad militante y su agresividad de mesianismo barato, estas arrogancias avejentadas son un símbolo fronterizo del proceso que vive España desde la transición: pasar de una sociedad tradicional, basada en pequeños grupos secretos y personalidades patrimoniales, a una sociedad moderna, impersonal y normativizada, en la cual la competencia sucede a la jerarquía y la legalidad objetiva, al código de exenciones.

LA DURA RESTAURACIÓN

En el Museo Municipal de Madrid se exhibe una abundante exposición de Vicente López (1772 - 1850), pintor de cámara del rey en tiempos de Fernando VII. Parcialmente, su obra coincide con la de Goya. Algunos de sus modelos son comunes. Rasgos y jerarquías se reconocen con facilidad en la coincidencia de las modas. López es un mediocre pintor de género religioso y un estúpido retratista. Caras, gestos, psicologías, manos, incontables pares de manos ociosas y expresivas se adelantan al espectador con toda la volumetría teatral del género bien hecho.

No es el virtuosismo el que separa a Goya de su colega. Tal vez, puestos a examinar la minucia en la tarea, López es más competente que el genial aragonés. Aun cuando caiga en sutiles desproporciones esperpénticas, como el retrato de Isabel II de niña, un busto de mujer, con un brazo de maja y otro de enana, sin zona pelviana, rodeada por un lujo de texturas real (y regimiento) ejemplar.

El mundo de López es asfixiante y monótono: un desfile de dignidades del poder, rígidas y encerradas en ambientes recubiertos de objetos prestigiantes, entre los cuales el personaje mismo, agobiado de plumajerías, arañones, pectorales, condecoraciones, perlas como lazos de horca, terciopelos fúnebres y flecos dorados de un último acto interminable y cruel. El mundo exterior no existe, la

naturaleza está censurada; el desnudo, prohibido. El cuerpo se oculta tras una muralla de vestimentas dignatarias. Y todos están inmóviles, reposados, hieráticos.

El mundo de Goya tiene fronteras inciertas, abismales: bosques y nubes por una parte, cabrones y brujas por la otra. Sus modelos se mueven, transcurren, se cubren y se desvisten. Es el mundo de la inquietud revolucionaria y el desorden de los nuevos tiempos. El Antiguo Régimen tambalea y las tropas napoleónicas avasallan la antigua Europa, pretendiendo unificarla, de Madrid a Moscú. Órdenes y creencias tiemblan a la intemperie. Todo cae y se levanta, anda de cabeza y patas arriba.

El mundo de López es, en cambio, el de la Restauración absolutista. Todo ha vuelto a su lugar, pero las dignidades de este mundo se encierran en unas fortalezas y unos castillos tenaces como tumbas. Su rigidez es la de las más suntuosas momias.

La imaginaria del pintor palaciego es una enésima prueba de la anemia romántica española. La Restauración sirvió para construir la filosofía idealista alemana, la novela psicológica francesa, la lengua nacional italiana, la poesía inglesa y su narrativa medievalizante y gótica. Al imaginario español no le sirvió para nada. Mientras en Londres era Cervantes un modelo novelístico y en Alemania, Calderón un espejo de la *Romantik*, en Madrid era la España del romancero un pálido reflejo de las españoladas francesas. Estrangulado por el Deseado Rey, el imaginario hispánico adoptó la inmovilidad de los personajes de Vicente López. Algo brillante y muerto como una piedra preciosa oculta en el arcón de un tesoro.

PIRANDELLO REVISITED

Giorgio Strehler ha vuelto a pasar por Madrid con su Piccolo Teatro milanés, ofreciendo, esta vez, *Come tu mi vuoi* de Pirandello. La cartelera madrileña es presentable sólo en las salas oficiales; fuera de ellas, el repertorio suele ser chabacano y ligerísimo. Pero el teatro continúa en España con un deficiente utilaje de actores, aunque mejorando sensiblemente en materia de montajes. Strehler nos permitió seguir creyendo en esta ceremonia moribunda y conmovedora que es el fenómeno teatral cumplido hasta sus extremos.

Una mujer amnésica o histérica, que nunca sabremos si ha perdido su identidad en un delirio de olvido o si finge haber sustituido su personalidad por otra, protagoniza esta típica fábula pirandelliana que se puede ¿sintetizar? en unas palabras del personaje que podría suscribir Hegel: "Ser es nada. Ser es hacerse". El puro ser es la nada, somos porque tenemos una historia, porque en nuestra superficie se inscriben los deseos ajenos. Soy como tú me deseas. En este momento, soy porque tú, lector, deseas leerme y tal como deseas desdramatizarme.

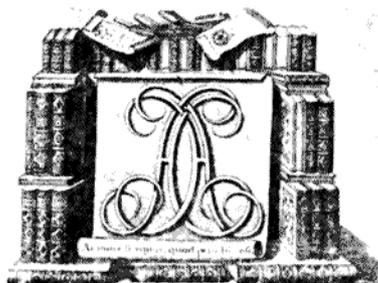
El director triestino ofreció un deslumbrante ejercicio de relectura pirandelliana. El escenario fue ocupado por una suerte de enorme sepulcro de mármol negro con rejas de bronce oxidado, un túmulo fascista en que las sugestiones de la Roma imperial estaban traducidas al vocabulario del *art déco*. Dentro de esta tumba de la identidad vimos pasar un interior berlinés en el inmediatez prenazi, una villa apacible de la campiña veneciana y un final ambiente abstracto, en que el desconcierto de la historia hizo crisis entre nieblas y malvados reflectores dirigidos a la sala, como en la noche ficticia de una gran ciudad.

Maravilla pirandelliana, esta mezcla de delirio identificatorio y melodrama, de reflexión y locura, que hace tener presente, en carne y hueso, a un Alguien que nunca sabremos quién es. En la especie, un animal hipnótico, la actriz Andrea Jonasson, una suerte de Greta Garbo que fuera, al tiempo, una actriz reflexiva y patética, capaz de gestos estatuarios de ópera y susurros de introspección poética.

Soy de los que recibimos una educación teatral antipirandelliana, en aquella década del cincuenta que vio eclisarse al teatro del absurdo. Pirandello era un parlachín sermonario y un filósofo de portería que redactaba melodramas vergonzantes o meras comedias costumbristas de ambiente siciliano. Ahora, revisitado de la mano magistral de Strehler, Pirandello parece el antepasado del más moderno psicoanálisis, ese que se remonta a Hegel. El deseo como constituyente de la identidad, la vida histórica como una trama de impulsos deseantes, el pasado proustiano que se recupera y se inventa, intermitente, en un ejercicio de memoria retrospectiva,

fantástica y anhelante. Es decir, memoria que cuenta el futuro del deseo.

Cuando aparecieron Ionesco, Adamov y Beckett, el viejo don Luigi estaba anticuado. Hoy es un narrador de novedades. ¿Cuál es la objetividad de la obra de arte? Tal vez esa silueta majestuosa y tenebraria de la Jonasson, delirando y en busca de sí misma, en un monumento fúnebre, neblinoso y cruzado por reflectores prebélicos. Algo hiriente y pasajero, como la liturgia teatral. Y ya que de liturgia se trata, recemos por un pronto retorno del mago Strehler a la europea Madrid.



Ex libris diseñado por Samuel Pepys

LA ESCENA POLÍTICA DE JULIO A JULIO

JAIME SÁNCHEZ SUSARREY

A UN AÑO de los comicios federales, las elecciones del 2 de julio confirman el proceso de transición hacia la democracia. Con el reconocimiento del triunfo del PAN en Baja California comienza a concretarse la institucionalización del pluralismo político. Sin alternancia política no hay democracia. Los electores bajacalifornianos que votaron el 6 de julio por Cárdenas y que ahora lo hicieron por el PAN reafirman, más que un voto de oposición sistemático, su voluntad democrática. En el caso de Baja California hay que considerar dos variables propias de cualquier sistema democrático. Una es la que tiene que ver con la usura del poder: el poder, como el amor, acaba; su ejercicio, como lo sabe muy bien el PRI, es un conjunto de oportunidades y riesgos que implica un desgaste. En un sistema plural este proceso es de ida y vuelta: toda oposición que comienza a gobernar afronta los riesgos y los costos que supone el ejercicio del poder. La otra es que un gobierno de oposición en ciertos estados es el mejor camino para consolidar la existencia de un sistema basado en la lealtad de los contendientes. Se elimina, en la práctica, la idea o la expectativa de aniquilarlos políticamente. En adelante el PRI y el PAN tendrán que aprender a coexistir en el ejercicio del poder.

Por lo demás, es un hecho que el sistema federal de la República alienta, por su misma estructura, esta forma de cohabitación.

A mediano plazo se puede esperar y predecir un fortalecimiento del subsistema de partidos: la derrota del PRI y el horizonte de elecciones verdaderamente competidas debilita a las corrientes más conservadoras y acicatea los impulsos de renovación dentro del partido. La reacción de la CTM, que amenazó con dejar el partido, más que alarmar, confirma la arteriosclerosis del corporativismo estatal. Por su parte, los partidos de oposición —particularmente el PAN— madurarán y se consolidarán mediante el ejercicio del poder político. Sin duda, la consolidación del pluralismo político llevará tiempo y será muy desigual en función de las peculiaridades de cada región y de cada estado; pero iniciado el proceso ya no hay manera de detenerlo... a menos, claro está, que sucediera una catástrofe política; pero, por lo pronto, esto es improbable.

El 2 de julio constituía y constituye un punto sin retorno: desconocer la voluntad popular hubiera significado optar irremediablemente por el endurecimiento autoritario. Reconocer la voluntad popular es dar un paso definitivo hacia la completa democratización. Ahora sí,

ya nadie puede dudar que después del 6 de julio este país ya no es el mismo. En Baja California confluyeron los tres elementos indispensables para la transición democrática pacífica y ordenada: una ciudadanía movilizadora y activa, una oposición bien organizada —y responsable— y la voluntad presidencial de reconocer los triunfos de la oposición allí donde se produzcan. Sin las primeras dos condiciones la voluntad presidencial no puede nada o, más exactamente, no tiene por qué querer nada. Sin la tercera condición se desembocaría en un conflicto, cuyo desenlace sería impredecible. Con este acto, como con ningún otro, Salinas de Gortari manifiesta su voluntad de cambio. Del 10 de enero a la fecha no sólo hemos presenciado actos de gobierno: Salinas de Gortari está creando las bases para un nuevo pacto político y social de largo alcance. Las transformaciones que se están operando son tan importantes como las que en su momento realizó Lázaro Cárdenas: tienen el sentido de actos de estado y no sólo de actos de gobierno.

La culminación de este proceso debe ser una nueva legislación electoral. Baja California allana el camino para un acuerdo entre el PRI y el PAN que permita reformar la Constitución. Los puntos mínimos de consenso para una transac-

ción favorable para el gobierno y la oposición existen y están a la vista: fortalecer el sistema de mayoría relativa a cambio de un organismo electoral neutro y profesional, que garantice la equidad en los procesos electorales.

El 2 de julio no involucra sólo a Baja California, sino también a Chihuahua y a Michoacán. La recuperación del PRI en Chihuahua, a tres años de las elecciones de 1986, muestra dos cuestiones fundamentales: primero, que la capacidad de renovación del PRI (en Chihuahua se experimentaron una serie de procedimientos democráticos) es real; segundo, que los electores no están casados sistemáticamente con la oposición. Chihuahua prefigura el comportamiento de un sistema plural: las derrotas, como las victorias, no son de una vez y para siempre, constituyen procesos de ida y vuelta. La teoría de que si se cede en un estado se producirá una reacción en cadena carece fundamento. Abrir el mercado político,

como el económico, obliga a modernizarse para tener mayor competitividad, nada más ni nada menos. En este proceso no hay fatalidad sino libertad; libertad cuyo límite es la capacidad de los actores de responder a los nuevos retos.

Las elecciones de Michoacán, con todas las irregularidades que supuestamente se han cometido, no deben oscurecer lo principal: el avance hacia la institucionalización del pluralismo político. Por ciertas que sean las irregularidades, y por justificadas que sean las protestas, el balance del 2 de julio es positivo para el sistema político y para la oposición en su conjunto; a la larga el mismo PRD resultará beneficiado. El fin del monopolio del espacio público tenía que comenzar por alguna parte: desde el 6 de julio el PAN ha sido un interlocutor más serio y más constructivo que el cardenismo: no sólo porque su posición política ha sido más madura y racional, sino porque su solidez como organización es,

por razones obvias, muy superior a la de las fuerzas aglutinadas tras Cuauhtémoc Cárdenas. Si el futuro de la democratización se asocia con la reforma política en puertas, se puede comprobar, de nuevo, que mientras existen posibilidades reales de que el PRI y el PAN acuerden reformar la Constitución y el ley electoral, un acuerdo con el PRD —desde antes de las elecciones de Michoacán— es muy improbable. Entre los cardenistas ya hay quien sostiene que el PRI y el PAN han efectuado una alianza antidemocrática, basada en sus programas económicos conservadores; la verdad parece ser otra: en la renovación del sistema político el gobierno de la República tiene un interlocutor más seguro y confiable en el PAN que en el PRD.

De julio a julio: hoy sabemos que la media luz de hace un año era alba y no crepúsculo.

7 de julio de 1989

LITORAL

JAIME GARCÍA TERRÉS

LA IMPERSONALIDAD tiene sus ventajas. Durante casi una veintena de años, *Litoral* se hizo en volandas, con el módico afán de llenar huecos y diseminar casual información; nutriéndose de rápidas notas de lectura, ocurrencias registradas en trozos de papel, y ojeadas a revistas del mundo entero que, puntuales o impuntuales, llegaban a manos del redactor. *Este Litoral* conlleva dolores, incertidumbres y reservas de parto literario; asume conciencia, responsabilidad y orgullo, ítem más —por el momento, al menos— carece de buena parte de los libros y de todas las revistas que entonces lo alimentaban. No le quedan del viejo más que unos cuantos tícs, sus raptos de humor, su propensión a los paréntesis y a los exabruptos, y su eventual caída en leves arcaísmos que divierten a Rossi.

Pero —cosas del destino— su autor, hoy al descubierto, continúa ocupándose de libros y, por supuesto, leyéndolos

cuando la lucha por la vida le da permiso. A propósito de lo cual, se impone un comentario a la sección periódica "Biblioteca", que conducía no hace mucho, para uno de los desaparecidos suplementos de *La Jornada*, un dinámico reportero: Javier Aranda. Pero no hablaré aquí de la sección misma, en la que colaboró un puñado de escritores vivos —con otros no tan vivos—, sino de una de sus últimas entregas, con la curiosa aportación de Gerardo Deniz.

A diferencia de quienes agotan, al iniciar una interminable logorrea, cuanto tienen que decir, Deniz escribe o declara poco, pero todo lo que dice incita a conversar con él, y al reconocimiento de su talento y agudeza, sin que importe el estar o no de acuerdo con sus razones. En próxima ocasión trataré de acercarme a su extraordinaria poesía. Esta vez me limitaré a subrayar que su "Biblioteca" exhibe una doble originalidad. Por una parte, muestra el diario curso de su lec-

tura (o relectura), virtualmente monopolizada por alambicados temas científicos. Por otra parte, patentiza con irónico e indirecto vigor los estragos que la carestía de los libros inflige a cualesquier trabajos de investigación y aun al acto de leer por gusto, costumbre y ejercicio de la inteligencia.

Mientras dure la crisis actual, y durará mucho todavía, este problema no podrá resolverse mediante el abaratamiento de los libros, especialmente los extranjeros. ¿Cómo se abaratarían el dólar, la libra, el franco o la peseta? Pero sí podría aliviarse con la creación de fondos especiales en algunas bibliotecas públicas, manteniéndolos al día y propiciando su intercambio por vías informáticas. Y con el establecimiento de hemerotecas que prestaran servicios paralelos en materia de publicaciones periódicas.

Entretanto, como preguntaría un Francois Villon redivivo, ¿dónde están

las librerías de antaño? Porrúa Hermanos, casa inmovible, mantiene la eficacia que tenía durante nuestros años estudiantiles, bajo la dirección benévola de José Antonio Pérez Porrúa. Sin embargo, entre otras cosas, la dificultad del transporte y la comunicación en esta nunca más aturdida ciudad de los balazos nos impiden frecuentarla como quisieramos.

La Librería Francesa continúa desempeñando, en la medida de lo posible, su misión. Pero lo posible no es suficiente. Aunque Tere de la Rosa y sus colaboradoras atienden con la misma amabilidad de antes a los viejos parroquianos, ni los viejos ni los nuevos tienen los doscientos mil o trescientos cincuenta y ocho mil pesos que ya cuesta el volumen que desearían comprar. Los dichosos tiempos en que Huguette Balzola ofrecía una taza de té a los amigos (Octavio, Jorge Portilla, Fuentes, Benítez, el Chato Noriega, Flores Olea, etcétera) que con toda calma inspeccionaban y adquirían en abonos el necesario material bibliográfico, esos tiempos (y ahora no es Villon sino el todavía más nostálgico Bécquer quien nos inspira), ésos no volverán...

Eran tiempos de relativa armonía. Claro que discutíamos y peleábamos entre nosotros. Jamás han faltado en nuestro ambiente, por desgracia o compulsión, las guerras literarias y personales. Pero los intereses y afectos comunes prevalecían casi siempre, y la gentil Huguette operaba a menudo como agente catalizadora de renovada concordia. Con ella desapareció una época entera —no por elitista menos feraz— de amistoso y genuino intercambio cultural.

Una librería que da que hablar, por los precios excepcionales que aun hoy consigue fijar a los libros que vende es la de Gandhi, con su café al lado, y varios "tiraderos" en la calle, a unos metros de la entrada. El único pequeño inconveniente —para mí, no para los cientos de compradores que ahí se benefician— que le anoto es, precisamente, la muchedumbre de su público. Nunca me ha gustado examinar libros —ni vinos, ni en rigor mercancía alguna— en medio del tumulto.

Con todo, me agradó particularmente, en Madrid, la Librería Hiperión —que es

también editorial— del amigo Jesús Munárriz. Allí presentaron *Las manchas del sol*, frente a un público notable en calidad y cantidad, Carlos Barral y Javier Pradera; razón por la cual entré en peculiar contacto con aquel recinto, tan lleno de luz como de gente. Munárriz se especializa en vender y editar libros de poesía, y asegura que el negocio no anda mal. Doble pues fue mi asombro, al comprobar su heroísmo y el buen éxito con que se le premia. Como su nombre ya lo sugiere, Hiperión difunde en especial decorosas versiones de Hölderlin, aunque son todavía más interesantes sus ediciones bilingües de Paul Celan.

Y aun con evidente injusticia para tantas otras excelentes librerías que sobreviven en uno y otro lado del océano, habré de poner término a mi veloz repaso de semejante comercio hispanomexicano, a fin de hacerle campo a las opiniones de don Elpidio Muro Rojo, quien estimulado por su renacimiento público en el Litoral anterior, lejos de agradecerlo, me reitera su pródiga correspondencia. Van extractos de su más extensa y reciente carta. "Hace usted bien —comienza— en agradecer a Octavio Paz su hospitalidad. Yo también felicito al Poeta Máximo por su tolerancia. Y vaya que ésta se requiere para admitir en las páginas de *Vuelta* una pluma tan conflictiva y retobona como la del autor de Litoral. Dicho sea con todo respeto, por esto tiene usted tantos enemigos. ¿Por qué no deja usted a mi cargo las crudezas y los gracejos, y se dedica de una buena vez a las cosas serias y a desperdigar conocimiento entre las masas? Acuérdesse de la campañita peyorativa que le armó cierta prensa, hace años. ¿No teme que los espigos, o lo que resta de ellos, y los someros y los renecios hábiles y gente como el patético, hipercrítico, hipnótico y protagonista Oyamel Lacayo, vuelva a las andadas? Mejor échelos a mí, que sí sé lidiar con tales por cuales..." (Un momento, don Elpidio, no se mande a mi costa; si quiere comprar pleitos hágalo por su cuenta; no me involucre en sus esdrújulos.)

En efecto, los excesos de mi correspondencia me obligan a suprimirle varios renglones. Salvaré los subsiguientes porque tienen lo suyo. Lean ustedes si no. "Y a propósito de *Uno más Uno* (o el pe-

riódico *Dos*, como se le llama sumariamente) ojalá pase lo más pronto posible a ser dirigido por Aguilar Camín, que es hombre inteligente, cualesquiera que sean sus ideas. Para que ya dejen de apodarlo, como alguno que yo me sé lo hace, 'el diario de los de Batis'..." Y continúa el viejo inquilino de Litoral: "Me preocupa el retraso en la publicación de la renacida columna que a su capricho me aloja. ¿No salió ya obsoleto mi modesto epigrama sobre Negroponte? Tengo otros acerca de diversos temas. Ya se los iré mandando. Ahorita le comunicaré los resultados de una encuesta que hizo, sin pretender interferir con las cartas del excelente don Alejandro Katz, un sobrino mío en Buenos Aires. Bien, pues resulta que mi sobrino averiguó que los tangos más populares durante el mes pasado en la capital porteña eran los que cantan 'la historia vuelve a repetirse' y 'volver, con la frente marchita'; excepto Alfonsín y sus partidarios, que preferían musitar sin descanso 'Adiós, muchachos, compañeros de la vida'. Pero tampoco vaya usted a creer que los peronistas las tienen todas consigo. Súpose que unos ladrones se robaron nada menos que la cama matrimonial de Perón, y esto interpretóse en algunos medios como el deseo popular de obtener no sólo un peronismo sin Perón, sino un peronismo sin esposas de Perón..."

Hasta acá don E. De mi propia cosecha, y con el mismo espíritu abusivo, agregaré unas cuantas variaciones sobre la frase más traída y llevada del hoy centenario Alfonso Reyes: *Viajero, has llegado a la región más transparente del aire*, frase que después de muchos años de olvido rescató Carlos Fuentes para titular su afamada primicia novelística, y que durante la conmemoración del año presente nos han metido por los ojos y las orejas sin piedad, acompañándola en general de banales comentarios. El tema merece mejor suerte. O mejores descomposiciones. Por ejemplo:

- 1) En cero han dejado a la región del aparente desaire.
- 2) Fullero, has ligado a la Legión más Extranjera al desaire.
- 3) Velero achicado, tu religión es mucha gente en el baile.
- 4) ¡Ah, pero has llegado a la lección extra, pariendo en el hambre!
- 5) El perro te ha dado mala sesión. ¡Zafa, imprudente donaire!

- 6) ¡Ujier desmayado! A su flexión, mal accidente. ¡Denle aire!
 7) Ligerero el agrado, a la afición vas tras el lento aquelarre.
 8) Bañera, has bañado con el primor más sugerente de tu arte.
 9) Via xerox han aguado el arrebol con atrayente vinagre.
 10) Lucero excavado en la sección del terraplén de Narvarte.
 11) Espera el legado en la prisión vasta a su cliente del Cairo.
 12) Viajaste allegado a la ficción hasta perderte en el aire.

Son, claro, variaciones (y vacaciones) algo delirantes, ya que así puso a nuestro cerebro la rutina enloquecedora de los usuales homenajes. Pero, además de que mis ejercicios también son una especie de tributo, entrañan juegos inocentes, de esos que los ingleses llaman en inglés *puns*, y los franceses en francés *contrapétories*.

Aunque en mi precedente Litoral hubo —lo admito— pocas erratas, alguna de ellas resultó desconcertante. Me refiero a la sustitución, en el párrafo consagrado a María Zambrano, del adjetivo *larga* por el adjetivo *alegre*. La oración de marras quedó de esta manera: "Hubo aquí una alegre época... en que uno de los pocos que pregonaban su valía [la de M.Z.] era el pintor Juan Soriano..." Aparte el hecho incuestionable de que Juan era en esa época más alegre de lo que

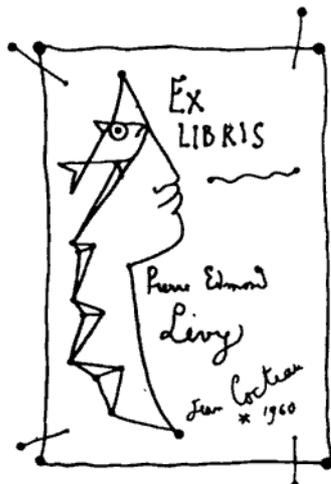
es hoy, no se comprende por qué nos haya producido gozo la escasez de elogios y aprecio a la obra de una escritora que desde entonces los merecía en abundancia. En fin, fue una errata, y basta con enmendarla. Ésta me hace recordar, sin embargo, otras erratas notorias en la historia contemporánea. Al cumplir Alfonso Reyes sesenta años, sus amigos (Joaquín Díez - Canedo, Paco Giner, Alatorre, Lida, Max Aub, José Luis Martínez, Yáñez el imposible, etcétera) le organizamos una celebración oral, con la lectura de unos textos luego recogidos en una cartulina finamente impresa. Y hubo un verso encomiástico (¿era de Raymundo Lida?) en donde la justa certificación: "Más libros que años veo" quedó gráficamente transformada en aserto melancólico: "Más libras que años veo."

Lo que hace el cambio de una letra ¿no es verdad? Lo mismo sucedió al discurso con que Antonio Carrillo Flores señaló su ingreso —junto con otros hombres de estudio— al Colegio Nacional. Don Antonio quiso, muy razonablemente, hacer un poco de historia de la institución, y empezó su homilía diciendo: "El Colegio Nacional fue una modesta creación del presidente Ávila Camacho..." Nada más cierto. Lo malo fue que el duende de las erratas intervino para dejar así la frase, en las páginas del folleto que reunió las alocuciones dichas

en ese solemne acto: "El Colegio... fue una modesta creación del presidente..." Los huesos del en vida prudente y robusto general don Manuel deben de haber protestado allá en La Herradura, si es que los muertos pueden leer, conseguir publicaciones elitistas y protestar. Ojalá que haya entendido, los muertos entienden, que asimismo se trataba de una errata (mejor aún, del cambio de una sola letra), y que los estudiosos favorecidos por su providencia no hemos llegado a las augustas aulas, por lo menos no deliberada ni notoria ni colectivamente, a molestar a nadie.

5 de julio. ¿Se acepta el triunfo de la oposición en la contienda electoral por la gubernatura de Baja California! Nuestro entusiasmo, por cierto, no lo suscita el PAN; nos alienta, sí, ver al PRI adoptando una actitud, realista y promisoría, acorde con la realidad que nos circunda. Igual me habría dado que se aceptara, de haberla habido, una victoria de la izquierda. ¿Es ésta una prueba de madurez política? Ya lo dirá el futuro inmediato. Por lo pronto, la pelota se halla en el terreno de la oposición. Esperamos sus próximas jugadas y el abandono, a su vez, de la demagogia electorera.

Una última pregunta: ¿No hay, por ventura, clericalismos trasnochados? ¿O sólo jacobinos y liberales se trasnochán?



CARTA DE PARÍS

EL ESPECTÁCULO DE LA HISTORIA

JEAN-CLAUDE MASSON

DENTRO DE UN mes se prestará juramento en el *Jeu de Paume*. ¿Que el rey ya no desea que el Tercer Estado sesione en la sala de *Memus - Plaisirs*? ¡Faltaba más! Justamente, el *Menu - Frétils* (burgueses, artesanos y campesinos) está bien decidido a pasar a las cosas serias. Pronto decretará puertas cerradas y sellará la unión con sangre: villanos y plebeyos ya no se separarán hasta haber redactado la primera constitución.

Así recordaba mi lección sobre la Revolución francesa. Pero aquel tono, bueno para los manuales escolares, no sirve para el *show - business*. Cuando se quiere festejar el bicentenario de una revolución, hacen falta imágenes sorprendentes y tamborazos. Se reconstituye, entonces, la convocatoria a los Estados Generales (que ya Luis XVI concebía como una mascarada) y se montan gigantescos espectáculos como *Cuéntame la libertad* ("Yo te enseñaré el fervor, Nathanael..."). En julio será la apoteosis: *Bastilla, sans - coulottes*, gorros fríos, Marianas y *Gauroches* (arquetipos del mito popular: la dama y el vagabundo), papas fritas y cohetes. Séneca encontró la palabra justa para este tipo de ramillete final: *Apocolocyntosis*, "calabacificación".

Un panfletario (forzosamente de derecha) resumiría las cosas de este modo. Con algunos retoques aquí o allá. No, decididamente ningún historiador de la Revolución, desde Thiers hasta Quinet y de Mignet a Michelet, hubiera apreciado ni estas fanfarronadas: ni sacralización ni sarcasmo. Una vez más, la Vía de En Medio es sinuosa y estrecha. Si bien es cierto que las manifestaciones del bicentenario acarician el lomo de la bestia, vistas de cerca instalan otros signos, discretos y reveladores. Tomaré como ejemplos dos inauguraciones: la apertura del *Grand Louvre* y la exposición "Europa y la Revolución francesa".

Para descubrir las pirámides, es mejor entrar al *Louvre* por la *Cour Carrée*. En efecto, vistas desde el Carrusel, adquieren un aspecto no sólo irrisorio sino perfectamente incongruente. En cambio,

al dar la espalda a las columnas de pórfido del pabellón Sully, con la vista dirigida hacia el grupo ecuestre que domina al Arco del Triunfo, parecería que un muro de vidrio obtura la galería que da acceso al patio. A medida que nos acercamos al señuelo —que difracta al Carrusel—, percibimos, repetida al infinito, una de las divinidades geométricas que presiden el destino de nuestro siglo: el rombo, el triángulo desdoblado. Inmediatamente, esta figura convoca otra, la que usted tiene ahora delante de sus ojos: la pirámide. Se diría que es una maqueta de *Micerino*, rodeada de sus pequeños satélites. La atención se concentra en seguida, en otro punto, en el desdoblamiento: y es que la proyección horizontal de las pirámides, grandes y pequeñas, dibuja, a su vez, nuevos triángulos, extendidos sobre remansos de agua. Sombras líquidas, burbujeantes. Soberbios juegos de la piedra y el agua, con su materia transitiva: el vidrio. Aquí se invierten todas las perspectivas. La pirámide egipcia, maciza, opaca, secreta, impenetrable, es un monumento funerario; hay que subir por largas escaleras ocultas, estrechas y tenebrosas para llegar a la tumba. En el *Louvre*, la arquitectura es ligera y transparente; los muros de vidrio conducen a escaleras eléctricas, a un elevador cilíndrico (entumecedor, desentumecedor), a una aerodinámica mesa de recepción y a un ficus achaparrado (desierto obliga); aquí se desciende, no a la morada de Osiris, sino al *underground* de las Bellas Artes. Alguien contemporáneo convencido me dirá, sin duda, que hablo de mala fe (o con delirio de interpretación). Y añadiría que ante el oscurantismo de la historia antigua, el hombre de hoy en día ve más allá de las apariencias. Sin embargo, esta *agudeza*, cara a Gracián y a Bergamín, no intenta ya penetrar los misterios divinos (expresión anacrónica), sino la materia, lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño. Más que un elogio del arte, travesía de lo sensible, estas pirámides son un altar a la Era Tecnológica.

Desde que lo fundó Philippe - Auguste, el *Louvre* es un símbolo doble: el de la soberanía del rey, más tarde del poder central, y el emblema por excelencia de la ciudad de París. Sucesivamente fortaleza, arsenal, prisión, palacio, los soberanos no han dejado de agrandarlo, embellecerlo y renovarlo. Su vocación artística se perfilaba desde el Renacimiento, sin embargo, fue hasta la Convención, en 1792, cuando el Louvre se convirtió en el Museo central de arte. En el siglo XIX era una auténtica ciudad dentro de la ciudad, blasón de la grandeza política y cultural de la capital francesa, a la vez Acrópolis y Capitolio. La Revolución le asignó un nuevo papel, pero Napoleón le dio sus títulos de nobleza. Al inaugurar el *Grand Louvre* este año, el Eliseo sacó a relucir el cobre: el imaginario de los franceses está menos acosado por los ideales revolucionarios que por el fasto de las epopeyas napoleónicas, la nostalgia del Imperio. Antes de confiscar la Revolución, Bonaparte trajo el obelisco de su campaña de Egipto. Y ese mismo monolito vela hoy por la Concordia, de pie en el centro de la plaza del mismo nombre. Al construir una pirámide a la entrada del *Louvre*, justo frente a las Águilas Imperiales del Carrusel, la Quinta República se inscribe en la más venerable tradición nacional: eleva un templo a la Jerarquía, el fetiche de los franceses.

La Revolución francesa propuso a Europa —y al universo— un doble ideal al alcance de la historia: la Declaración de los Derechos del Hombre y las tablas de la Ley democrática, y como soporte, la triple divisa republicana: Libertad, Igualdad, Fraternidad. (Los espíritus aguafiestas pretenden que el primer término de la Trinidad laica contradice a los otros dos, pero no, es sólo, a veces, cierta incompatibilidad de humor). Simultáneamente, el ejército francés pillaba las naciones del Viejo Mundo y terminó por unir a Europa entera contra el Hexágono. Esta mezcla de fascinación y aversión hacia el Nuevo Régimen, el problema de la mirada del Otro sobre

Francia, constituye el tema central de la exposición "Europa y la Revolución francesa". Desde el punto de vista museográfico, es un éxito innegable: los documentos fueron hábilmente escogidos, clasificados, presentados, comentados. Mientras una masa autóctona y políglota desborda las barreras Nadar hacia la explanada del Louvre, la exposición del *Grand Palais*, en cambio, no tiene entradas. "Sólo vienen extranjeros", confía un guardia vietnamita a su colega antillano. ¿Será que los franceses comienzan a cansarse de esta subasta de festejos revolucionarios? ¿Será que les falta madera de europeos? Me vienen a la memoria las expresiones gruñonas del general de Gaulle: "¡Europa! ¡Europa! ¡Europa! ¡Qué con Europa!". Sinceramente, no hay espíritu de familia. 1993 ya es mañana; sí, pero mañana será otro día.

"Europa y la Revolución francesa" se divide en treinta secciones más un epílogo: el golpe de Estado de Brumario. La exposición se podría haber substituido: 1789 - 1799, la Década Prodigiosa.

Las primeras salas levantan un inventario de Europa a fines del Antiguo Régimen, comenzando por una galería de retratos de las principales familias reales. Un retrato en pie de Federico II, atribuido a Francke, atrae particularmente nuestra atención: los rasgos toscos, hinchados, deformes, del rey de Prusia parecen salidos directamente de un cuadro de Bacon; se diría que el monarca, sorprendido por los fotógrafos, está a punto de cubrirse la cara con su sombrero. Pero en la mayoría de los rostros, tanto de la nobleza como de la burguesía, está ausente el germen de la inquietud. Más que la miseria negra, en los cuadros de época que muestran la vida de las capas populares se respira un dulce desorden. Francamente, todo ese mundo parece adormecido. Incluso las salas dedicadas a la ilustración y al movimiento intelectual en general, bajo la influencia de la estatuaría antigua, evocan más la *Pax romana* que un semillero de ideas subversivas. Bajo la égida del nuevo *Janus Bifrons* Rousseau - Voltaire, los bustos de sabios, pensadores y escritores hacen pensar en una procesión de senadores, procónsules y lictores; cuando mucho, sucumben a uno que otro acceso de melancolía. Dicho esto, da gusto ver entre ellos a quien mejor encarnó, y con tanta gracia, el antidogmatismo: Fontenelle. Campeón de la

divulgación de las nuevas ideas científicas, el autor de *Entrevistas acerca de la pluralidad de los mundos* nos ha legado, sin duda, la más bella ilustración del "relativismo absoluto": "Desde que las rosas se acuerdan, jamás se ha visto morir a un jardinero".

De pronto, pasamos del jardín a la jungla, de las pérgolas al monte. Y digo "de pronto", porque los antecedentes de la Revolución francesa, como la República de Ginebra, los levantamientos de los Países Bajos o la guerra de independencia norteamericana, no explican mejor que los motines tradicionales el surgimiento de la insurrección, su amplitud, su determinación, su violencia y mucho menos su victoria. Al pasar de los óleos del Antiguo Régimen a los dibujos y caricaturas de la Revolución, se comprende hasta qué punto lo no-dicho se había enquistado, institucionalizado; la altanería, grave o sonriente, cedió brutalmente el paso a una histeria asparente y vociferante. No es de extrañar que la antropofagia haya sido uno de los principales *leitmotive* de la propaganda y la contrapropaganda: desde el punto de vista de sus enemigos, los monarquistas y los revolucionarios se saciaban con carne humana, incorporaban la sangre de sus víctimas. ¿No se trata, acaso, de la "escena primitiva" de toda búsqueda alquimista?

Se reservó una sala entera a la toma de la Bastilla, lo cual exige, ciertamente, un pequeño comentario. Es la única estancia que ofrece un aspecto semi-circular, evocación de las torres de la fortaleza y, por supuesto, figuración de un viraje decisivo. Sabemos, desde hace tiempo, que la Bastilla era una gran cárcel desierta: sólo quedaban siete prisioneros, todos ellos del orden común. Pero la fuerza del mito es tan grande que acaba por obliterar el contenido real, en beneficio de lo Englobante. Menos que en ninguna otra parte, en Francia la Idea no tiene cuerpo. El calor de julio es una leyenda, la toma de la Bastilla, un sueño de los franceses. La idea se disipa cuando se intenta sujetarla. La Bastilla es el arquetipo del concepto: una fortaleza vacía.

Los últimos acontecimientos son conocidos de todo el mundo: el desmembramiento del Antiguo Régimen, admirablemente traducido con la destrucción de las efigies de la realeza. El cuerpo del rey fue despedazado: brazos,

manos, busto, cabeza y pies se dispersaron por los cuatro puntos cardinales. Sonó la hora de la lucha de las facciones por el poder y de la guerra hacia el exterior; de la Montaña y el Terror, y del fin, en el cadalso, de dos figuras que desde mi punto de vista mejor encarnan la servidumbre y la grandeza revolucionaria: Saint-Just y André Chénier. Por un lado, el arcángel con aretes, cuya intrasigencia fue digna de Régulo, el profeta de la gangrena burocrática ("Las leyes son revolucionarias, no quienes las aplican"), el incendiario poseído por el mito de Eróstrato; por otro lado, el orador que puso su fogsidad al servicio de la medida, el aplacador de los "verdugos que garabateaban leyes", el gran sacerdote del Sol. Dos héroes tan opuestos que en ocasiones sus imágenes se superponen, se confunden y nos parecería ver surgir, ante nosotros, a aquel extraño tribuno del que hablara Montaigne: "Vi en mi juventud a un hombre galante presentar al pueblo, con una mano, versos excelentes en belleza y pasión, y al mismo tiempo, con la otra mano, ofrecer la más conflictiva reforma teológica...". Saint-Just y Chénier oyeron caer la cuchilla con tres días de intervalo, en término del año II (julio de 1794). Ignoro dónde andarán conspirando las cenizas del Intratable, pero el Poeta yace junto a Fabre d'Églantine ("Il pleut, il pleut, bergère...") frente a mi casa, en el cementerio de Picpus.

La última sala de la exposición del *Grand Palais* está consagrada a la reforma de la metrología —y no pudo haber mejor fin. Pues ¿acaso hay mejor manera de construir una nueva sociedad que cambiando el modo de medir el espacio y el tiempo? El sistema métrico reconcilia al Cielo y al Infierno, celebra las bodas del Agua y la Tierra: un litro es un kilo. En el gran sueño revolucionario no volverá a haber dos pesos, dos medidas.

París, 16 de mayo de 1989
Traducción de *Conrado Tostado*



UN PROFESOR DE SECUNDARIA LLAMADO EMIL CIORAN

STEFAN BACIU

EL AÑO DE 1934 fue, en muchos aspectos, memorable para la literatura y la cultura de Rumania. En 1933, las recién organizadas "Fundaciones por la literatura y el arte Rey Carol II" instituyeron el primer concurso para escritores jóvenes (ensayo y poesía) y a principios de 1934 se anunciaron los premios, resultando laureados los ensayistas Eugen Ionescu (autor del manuscrito *Nu* —No— que constituía un formidable ataque contra la cultura y la literatura "oficiales"), Emil Cioran ("En las cumbres de la desesperación") y Constantin Noica ("Maethesis a las alegrías sencillas"). El escrito de Ionescu no fue —yo diría que "naturalmente"— aceptado por la editorial de las "Fundaciones" por ser demasiado "severo" con los maestros consagrados, pero la editorial "Vremea" lo publicó enseguida, armando un colosal escándalo.

Como Ionescu y Noica, Emil Cioran ya se había afirmado en las revistas de la época, destacando un estilo personal e ideas un tanto "destructoras"—resultado de sus lecturas de Nietzsche y Stirner, y, por supuesto, de los cursos que impartía en la Facultad de Filosofía el famoso profesor Nae Ionescu (quien no guarda ninguna relación con Eugen; Ionescu es un apellido bastante común en Rumania). Ionescu (el profesor) logró reunir a su alrededor, en la redacción del diario "Cuvantul" (La Palabra) a un grupo de jóvenes de todas las tendencias, desde el fascismo hasta el trotskismo y el anarquismo, entre estos a Mircea Eliade, Ion Calugaru, Mihail Sebastian, George Racoveanu, Haig Acterian, Andrei Serbulescu y otros, que al correr de los años se han "perdido en el camino" o han sido barridos por los tifones de la "historia", tan dura en mi país natal.

No recuerdo si Cioran colaboró en las páginas de "Cuvantul" (es posible que no), pero, de cualquier manera, formaba parte del "grupo" y una buena amistad lo unía a varios "discípulos" del profesor Nae Ionescu, quien más tarde se adhirió al fascismo, muriendo en condiciones "misteriosas"...

El nombre de Emil Cioran, llamado por algunos el "enfant terrible" de la generación, era muy conocido, y su libro de estreno se comentó con pasión e innumerables veces con injusticia, puesto que se trataba en realidad de una obra brillante y a veces contradictoria.

En 1935 me tocó ser premiado por las "Fundaciones" debido a mi libro *Poemas del joven poeta* (distinguido en ese mismo año con el premio de la "Sociedad de los Escritores de Rumania"), de manera que mi nombre circuló en diarios y revistas, y fui tan elogiado por los "conservadores" como atacado por los adeptos al "modernismo".

En aquel año yo estudiaba secundaria en la ciudad de Brasov en Transilvania, en el "Liceo Andrei Saguna", escuela de fama nacional sostenida por la "Metropolía" ortodoxa de la ciudad de Sibiu, "alma mater" de muchos rumanos famosos, como los poetas Octavian Goga y Lucian Blaga, y el lingüista Sextil Puscariu, quien más tarde evocara, en un delicioso libro dedicado a nuestra ciudad, la atmósfera del "Liceo".

Recuerdo todavía hoy la luminosa mañana de otoño (durante el mes de septiembre se inauguraban los cursos en las escuelas secundarias): la puerta de nuestro salón se abrió, y en el umbral apareció el nuevo profesor de "filosofía y lógica", el propio Emil Cioran, a quien algunos conocíamos por la lectura de sus ensayos. Se sabía que él había sido nombrado en el puesto, no sólo por ser hijo de una conocida familia transilvana (su padre era el Protopop, algo así como obispo de Sibiu) sino porque había pasado recientemente el examen de "capacidad" (prueba difícil, que permitía a los seleccionados empezar a enseñar en las escuelas secundarias, preparándose para un doctorado), nuevamente premiado y proclamado el primero, entre decenas y decenas de candidatos.

Su llegada al liceo de Brasov había sido previamente anunciada, y esperada con ansiedad por sus futuros colegas y alumnos. Todavía recuerdo los comen-

tarios que hacía mi padre, profesor de alemán y de latín en el "Liceo", al contar que algunos de los maestros estaban muy inquietos por la llegada de un "tipo tan anárquico", como parecía ser el autor de "En las cumbres de la desesperación", que pocos de ellos habían leído, pero que era "asunto del día" en el salón donde acostumbraban reunirse.

Al entrar en el aula, después de poner sobre la mesa la lista de cubiertas azules, un espontáneo aplauso irrumpió en el silencio matinal. Nuestro nuevo profesor bajó la cabeza, algo confundido, y luego de una pausa, pronunció estas palabras que no se me han olvidado: "En vez de aplaudirme, sería mejor tocar la *Marcha Fúnebre* de Chopin. Es una vergüenza ser premiado".

Pasado un largo silencio, alguien en el fondo del aula, gritó: "¡Abajo los premiados!" Cioran contestó sonriendo: "muchas gracias".

Teníamos frente a nosotros a un joven de más o menos 27 años, vestido con una sobria elegancia: traje gris, corbata azul, camisa blanca, impecable, zapatos negros. No puedo olvidar el pañuelito en el bolsillo frontal del saco, dándole, involuntariamente, un no sé qué aire de *dandy*. Era el estilo de un señor de Transilvania. Lo mirábamos con simpatía y admiración, mientras él nos examinaba en silencio, como para darse cuenta y "sopesar" delante de quiénes se encontraba. En seguida nos recomendó el libro de texto que debíamos usar durante el año escolar, escribiendo en el pizarrón el nombre del autor, y añadió: "No se preocupen demasiado en leerlo. La filosofía no se aprende, y mucho más difícilmente se enseña".

Sólo más tarde me di cuenta de que en aquellas palabras se encontraba una verdad más profunda que al escucharlas así, de improviso. Y creo que mis compañeros tampoco se dieron cuenta de que detrás del *cbiste* se ocultaba una verdad que, a todas luces, nuestro profesor trataba de "enseñarnos".

Durante la media hora que quedaba de clase, Cioran leyó los nombres de

la lista, uno a uno, conversando con los estudiantes, verificando a quiénes tenía en frente, estando obligado a darles exámenes "extemporales" (es decir, unos "quiz" inesperados, para ver si sabíamos de lo que se trataba en aquel día) y sobre todo, con lo relacionado a la *temida nota* cuando finalizase el año escolar.

Fue una conversación amena que contribuyó a que se estableciera, entre el profesor y los alumnos, una corriente de simpatía. Cuando sonó la campanilla a los 50 minutos de clase, Cioran se llevó la lista, y con la mano levantada, nos dijo "hasta la vista", desapareciendo en el pasillo, animado por los alumnos que salían de clase para gozar una pausa de 10 minutos.

Lo primero que hicimos los alumnos fue intercambiar impresiones, y me quedé sorprendido de que, a pesar de la conducta poco "didáctica" de Cioran y de su manera de hablarnos como si fuésemos un grupo de amigos, la reacción de la mayoría fue favorable, aunque algunos no habían comprendido que no nos encontrábamos frente a un "profe" como la mayoría de nuestros maestros, con pocas excepciones, entre las cuales mencionaré a Daniel Ganea (lengua rumana), Ion Ionica (sociología), Octav Sultiu (crítico literario, que nos enseñaba francés) y mi padre, en el mejor sentido de la palabra, un verdadero *humanista*.

Al correr los meses, se formó un pequeño grupo de "fieles", que, a veces, en "el receso mayor", que duraba 20 minutos, nos reuníamos alrededor de Cioran. Le hacíamos preguntas sobre los temas más variados del día o del libro de texto, escuchando con interés las respuestas ocasionalmente paradójicas y que anunciaban, desde entonces, un estilo que se afirmaría en el libro *Lágrimas y santos*, publicado mientras Cioran se encontraba todavía en Brasov, donde —si recuerdo bien— enseñó entre los años 1935-1937.

Recuerdo que, después de la publicación de ese libro, se armó en el Liceo un escándalo, que tenía algo del teatro del absurdo y del amor a la paradoja, que se acentuarían en Cioran al correr los años.

Como la editorial le había enviado pocos ejemplares, Cioran se encontraba frente a un dilema: a quiénes debía ofrecer ejemplares con dedicatoria. Conociendo los "puntos de vista" de la

mayoría de sus colegas, no estaba dispuesto a "tirar" ejemplares, que se quedarían en el polvo con las páginas sin abrir. Decidió, pues, escribir unas cuantas dedicatorias: una, a su amigo Octav Sultiu; otra a mi padre; una más, para mí, su alumno; y la última, al... bedel de la escuela, el famoso "nenea Ion" (tío Juan): "Al tío Juan, con mi estimación entera". Firma y fecha.

Desde luego, el director y los demás profesores se sintieron insultados. En el salón de los maestros hubo "barullo" y protestas; pero en pocos días las cosas se calmaron, porque decían sus colegas: *así es Cioran y no hay salida*. No sé si "nenea Ion" vive todavía, o si sus hijos han guardado el ejemplar de *Lágrimas y santos*. Pero el mío, desapareció, tragado por los huracanes de la "historia".

Hacia finales del otoño, antes de las vacaciones de Navidad, recibimos las primeras calificaciones: eran excesivamente altas, puesto que Cioran era uno de los "generosos", basando su método de trabajo en las primigenias palabras que nos dijo el día de nuestro encuentro: "la filosofía no se puede aprender".

Creo que la actitud de nuestro profesor, más bien la de un amigo más viejo, contribuyó a su *popularidad* basada asimismo en el hecho que nosotros sabíamos que gozaba en el país entero de una fama que nos daba orgullo: ser discípulo de Emil Cioran, era, entre los liceístas de Brasov algo así como un título de gloria o una condecoración. Especialmente entre los "fieles": Camil Walla, Nicolae Enescu, Milan Kubica, Gheorghe Nan —y este lejano cronista.

Por las mañanas solíamos vernos siempre muy de prisa, ya que tanto él como yo estábamos ocupados con las clases: él dándolas, y yo tomándolas. Varias veces a la semana, por la tarde, nos reuníamos alrededor de una mesa en el café "Coroana, en el centro de la ciudad, donde se efectuaba una tertulia bastante "rara" en lo que se refiere a su composición. Yo era "admitido" en el grupo, a pesar de ser todavía alumno del Liceo. Varios de mis profesores criticaban mi presencia pretextando que un alumno de secundaria no tenía por qué "meterse en un café". Tal argumento era combatido tanto por Cioran como por el crítico Octav Sultiu, mientras que mi padre, sin dar una "opinión", jamás me prohibió participar de esas reuniones. Estaba yo, en 1936, en la sexta clase

("superior"), y vestía uniforme azul, con el número 263 bordado con hilo de oro en la manga del saco, y cumplidos más 18 años de edad: ¡un adolescente de Brasov!

¡Oh, las tertulias del café "Coroana", a mediados de la década de los treinta! Estaban los correspondientes de los grandes diarios de Bucarest, entre quienes mencionaré por su talento, honestidad y originalidad, a Vasile Munteanu, reportero especializado en problemas sociales de Transilvania, persona que los burgueses solían llamar de "izquierda". Durante los años del stalinismo fue metido a la cárcel, padeciendo sufrimientos y humillaciones sin fin por haber sido "agente de la burguesía capitalista".

Munteanu era más bien un atento observador, que hablaba poco, en contraste con Octav Sultiu, conversador de tiempo completo, que acostumbraba reír tan estrepitosamente, que los clientes sentados a las otras mesas miraban hacia nosotros como para enterarse si alguien había enloquecido. Allí se encontraban el diputado liberal doctor Aurel Negus, el abogado Aurel Nistor, el político "campesino" Ion Craciunel, quien más tarde se hizo cura ortodoxo. De Bucarest solían llegar, casi semanalmente, visitantes, entre quienes no olvido al ensayista "maurassiano" Radu Dragnea, a Cuza Hotta, aprendiz de diplomático, cuyo nombre en aquel entonces formaba parte de un proceso sensacional, relacionado con la muerte en circunstancias misteriosas de la actriz Tita Cristescu, y muchos otros, que el medio siglo ha envuelto en un irremediable olvido y silencio. La presencia de Emil Cioran en la tertulia era celebrada por todos: solía hablar de sus lecturas, y me acuerdo de nombres como Heidegger, Jünger, Nietzsche y el eterno Max Stirner con "El individuo y la propiedad", que era una de sus lecturas persistentes.

En las clases —más bien conversación entre amigos—, sin formalidad ni aire de "maestro", oíanse los mismos nombres, dado que Cioran comentaba con nosotros sus lecturas más recientes. Así oí por primera vez los nombres de Ortega y Gasset y Miguel de Unamuno, a quienes un poco más tarde leí en traducciones al francés y al alemán. Me parece que esta actitud suya, llena de una simpatía benevolente lo hizo "popular" entre nosotros. Jamás oí una crítica, una queja sobre el que estaba presente no sólo

en las clases, sino en las páginas de las revistas, entre estas la excelente "Vremea" (El Tiempo) de Bucarest, que durante más de una década ha sido tribuna del espíritu libre, sin fronteras políticas.

A veces, el profesor Cioran nos llamaba al pizarrón para examinarnos, en un estilo más bien informal, en una especie de conversación. En tales ocasiones demostraba bastante paciencia, que sólo perdía cuando el alumno era completamente estúpido. Por supuesto que él jamás daba a entender esto, pero usaba expresiones "abstractas" como, por ejemplo, "no, no, no sea usted tan minimalista". Cuando el caso estaba del todo perdido, improvisaba imágenes como, por ejemplo, "Usted tiene un cerebro tan liso, que podría dar vueltas sobre él con su trineo".

En este sentido, el incidente más pintoresco, ocurrió en una clase donde había un alumno totalmente "impermeable". Una vez que Cioran ya no encontraba salida, se dirigía al estudiante Ilie Balea (hoy en día conocido musicólogo), diciéndole: "Balea, vaya usted a Avrigeanu (una bodega a la vuelta de la esquina) y cómpreme un limón".

Balea recibía el dinero, salía de la clase como una bala y al regresar con el limón, lo entregaba, con un cuchillito, a Cioran. Este lo partía meticulosamente, y, parado frente a la ventana, abría la boca, chupaba el limón y decía apenas: "oh, qué disgusto". El suceso del limón se hizo famoso en la escuela, y a pesar de que hubo "protestas" de parte de algunos de sus colegas, nada "pasó", porque el gesto de Cioran era del más puro teatro del absurdo, practicado en Brasov *avant la lettre*.

Varias décadas más tarde, cuando encontré a Balea, por casualidad, en Viena, evocamos el "suceso del limón". Al mencionárselo a Cioran en París, éste se limitó a sonreír...

Un día, nuestro salón decidió "rendir homenaje" a Cioran. Alguien sugirió que lo mejor fuese organizar una "Liga contra los premiados", algo así como un club cuyo presidente honorario debería ser el mismo Emil Cioran. De esta manera se formó lo que bautizamos LCP; nuestro santo y seña era un cerillo cortado en medio de tal manera que permitiera insertar un pedacito de papel con las consabidas iniciales, clavado con un alfiler en el pecho del saco. Un cerillo fue colocado sobre la puerta, y al

entrar Cioran en la clase, lo saludamos con un fuerte "abajo los premiados" y uno de los compañeros le explicó el sentido de nuestra decisión. Cioran aceptó entre complacido y confundido. El colmo de esta historia es que uno de los miembros del "club" era el propio *premiado de honor* de la clase, que aceptó de buena gana participar del juego.

A veces solíamos hacer preguntas "difíciles" y me acuerdo que un día teníamos como asignatura en la clase de literatura rumana una composición sobre el tema "mi poema preferido". Por curiosidad le dirigimos esta pregunta a Cioran, esperando que citara algún poema de poetas consagrados como Mihail Eminescu, Lucian Blaga o, tal vez, el "modernista" Ion Barbu.

Después de algunos instantes de reflexión, nuestro profesor profirió la respuesta: "Mi poema preferido es el *Soneto de la Leche*, de Ion Pribeagu."

Nos quedamos atónitos, ya que, antes que nada, ninguno, incluido yo, que era un empedernido lector de poesía, conocía ese soneto. Ion Pribeagu era uno de los humoristas de café, colaborador en las *páginas alegres* de periódicos y revistas de "bulevard", más conocido como epigramista.

El soneto que Cioran recitó parcialmente era una declaración de amor hecha de "calembours" y de chistes, muchas veces con palabras de doble sentido, intraducibles, puesto que formaban parte de la "jerga" de Bucarest. El primer verso decía más o menos así: "En esta noche blanca, hecha de queso..." Desde luego, después de algunos minutos de risa, el asunto se olvidó, pero hubo alguien que, más tarde, lo "transmitiera" a los profesores de lengua y literatura y literatura rumana: quedaron indignados con la "selección".

Durante algún tiempo, Cioran vivió en un cuarto amueblado en un lugar llamado "Campo del Correo", en una "villa" sobre una colina, cuyo dueño era el poeta "tradicionalista" Bran de Lemeny. Nunca tuve la oportunidad de conocer su habitación, pero la imaginaba con una bella vista sobre los jardines del barrio. Lemeny tenía dos hijas, y una de ellas, la mayor, que en ese entonces debía tener unos 15 años, murió a consecuencia de una pulmonía, en una época en que todavía no existía ni la penicilina ni nada que pudiera curar esa enfermedad. Varias semanas Cioran

quedó profundamente conmovido, dolido por ese hecho, que resumía en la pregunta "¿Cómo es posible morir a los 15 años?"

Según nos contó, en su habitación había un estante con libros de la biblioteca de Lemeny. Algunos —según su expresión— "eran tan malos, que daban ganas de usuarios para encender el fuego. En cambio, había que guardar los troncos de madera destinados al fuego, para hacer esculturas. Ni el papel, ni la madera —según él— eran culpables".

Ocasionalmente, con los miembros de la tertulia del "Coroana" hacíamos excursiones en las pequeñas villas situadas alrededor de Brasov, casi siempre utilizando el tren: los profesores y empleados públicos gozaban de una reducción de 50 por ciento en el pasaje, si tenían el *carne*. Así fuimos un día a Zarnesti, para visitar al amigo Aurel D. Brosteanu, quien varios años escribió crítica de arte en la revista "Gandirea" (El pensamiento). En cierto momento, entró en nuestro compartimento un inspector ferrocarrilero, solicitando no sólo los boletos sino también el *carne* de cada uno. Al examinar el de Cioran, después de largas "investigaciones", el inspector dijo que no era vigente porque "le faltaba un sellito". Al enterarse de esto, Cioran salió con una de sus expresiones "plásticas", que traducida del rumano al castellano, era más o menos así: "¿Cómo, señor?, mi *carne* es tan perfecto que Dios le besaría el c..."

Al oír tales palabras algo "apocalípticas", el inspector comenzó a gritar, protestando contra el insulto, diciendo que no toleraba que alguien le pidiese, a él, besarle el c...

Hubo tentativas de todos nosotros para "explicar" e "interpretar" lo que Cioran había realmente dicho, pero el inspector no aceptó ni excusas ni explicaciones, de manera que debimos bajar en la estación de policía de Zarnesti, donde el amigo Brosteanu, juez de la comarca, consiguió "arreglar" la cosa, no sin morirse de risa por el escándalo armado por la *invitación* de Cioran.

Paradojas, exclamaciones, sentencias de este género, que a primera vista parecían absurdas, pero que tenían su lógica, eran algo común y corriente en las conversaciones o monólogos de Cioran. Estas se antojaban un permanente fuego de artificios, explotando en imágenes y expresiones inesperadas. ¿Cómo,

pues, podía comprender un inspector de ferrocarriles lo que el autor de "En las cumbres de la desesperación" quiso decir en realidad?

Dos años de convivencia y trabajo en común pasaron de esta manera. Un día de primavera de 1937, Cioran entró por última vez en el salón de clases. Esta vez faltaron los aplausos, porque a pesar de que estábamos felices por haber terminado el Liceo, sabíamos que nunca más veríamos la oportunidad de tener un maestro así, y sentimos que una parte de nuestra juventud, la adolescencia, se había ido para siempre...

Siguiendo la tradición del Liceo, salimos del aula, subiendo las gradas de la escalera frente a la entrada que conducía al portón principal, "vigilado" por el consabido "nenea Ion". Alguien había traído una cámara fotográfica y sacó una foto del grupo: Cioran, en medio de nosotros, con un libro o unas hojas de papel en la mano. La foto, pálida y empolvada por medio siglo, la reproduce en mis memorias rumanas publicadas en 1980 en Honolulu, tituladas "Praful de pe toba", lo que significa, en *caló*, "El polvo del tambor"; es decir, *nada de nada*.

Después uno de nosotros empezó a

cantar la canción estudiantil medioeval "Gaudeamus Igitur", que terminamos en coro. Creo que en aquel entonces nadie comprendía la verdad de las palabras latinas:

Gaudeamus igitur
juvenes dum sumus
post jucundam juventutem
post molestam senectutem
nos habebit humus.

La campanilla sonó. Eran las doce del día, y nos despedimos.

Pocas semanas después, tuvimos que pasar el "bacalauréat": una prueba muy difícil, obligatoria para quienes habían terminado el Liceo, sobre todo porque los jurados ya no eran nuestros maestros, sino especialistas en cada materia, nombrados por el Ministerio de Educación de Bucarest bajo la presidencia de un maestro universitario, que nos tocó en suerte fuera el conocido historiador Silviu Dragomir.

Después de haber hecho los exámenes escritos, teníamos que pasar la parte oral, en el aula magna del Liceo, ya que se admitía público, sentado en las

bancas del fondo, para escuchar las respuestas de los "candidatos"

Cuando me tocó el turno, me defendí bastante bien en todas las materias pero, al llegar a la filosofía, el profesor Virgil Bogdan, conocido autor de libros de texto y catedrático de un liceo de Bucarest, me hizo esta pregunta: "Señor Baciu, ¿puede usted decirme qué es la ética?"...

Sin pensarlo mucho, salí con esta respuesta:

"Según nuestro profesor de filosofía, la ética no existe!"

En medio de un silencio total, Bogdan preguntó: "¿Y quién es su profesor de filosofía?"

"El señor Emil Cioran," contesté.

La comisión miraba atónita y el público se movía en las bancas. Me saqué 5 en filosofía, la nota más baja, y me retiré del aula un tanto confundido. Mi respuesta se comentó muchos días en Brasov.

Pocos meses después, Emil Cioran viajaba rumbo a París.

Lo demás —sabemos— ya es historia.

Honolulu, Hawai, marzo de 1989



CARTA DE COPILCO
INICIACIÓN DE CURSOS

GUILLERMO SHERIDAN

ME APROXIMO EN el coche a la facultad y percibo desde lejos el aroma del jugo de naranja. La filosofía y las letras siempre han estado, para mí, identificadas con el jugo de naranja a causa de los innumerables expendios que lo surten en sus afueras. Los estudiantes lo requieren como si el silogismo del día, o el inminente comentario del *Quijote*, exigieran el requisito de su vitamina.

¡Cuidado! ¡Por poco atropello a un *jogger*! Debo tener más cuidado la próxima vez e impedir que escape. Aborrezco a los *joggers*. Para lo único que sirven es para agitar el smog.

Lo único bueno de dar clase a esta hora es que siempre hay lugar en el estacionamiento. No en el de maestros, que sólo es para los empleados, ni en el de los alumnos, que sólo es para los vendedores, sino en el de la calle. La multitud se aglomera en las puertas de la facultad. Es un hervidero whitmaniano: vendedores, agentes de seguros, grupos de música andina, mimos, campesinos en busca de solidaridad, gente que ve quién llega, cocineros y estudiantes. Los estudiantes se distinguen por sus anteojos redondos, su libro, su acné y sus piochitas, aunque no siempre en ese orden. Los de primer ingreso traen *Cien años de soledad*; los de maestría *Dos años de vacaciones*; los de doctorado *Diario del año de la peste*.

Un muchacho todo ansiedad brinco-tea hacia mí como un púgil. Me da un volante que dice: "A organizar la movilización final". Yo voy a explicarle que hoy estoy muy ocupado, pero ya ha corrido hacia una maestra veterana que mide uno cincuenta que viene detrás de mí.

Una marchanta obesa y de largas trenzas aceitadas acarrea resmas de periódicos hacia su recién instalada vendimia. El puesto es vigilado mientras por su hijo, un *punk* lleno de aretes que se come una torta de queso de puerco mientras analiza un charco.

—¡Traigo una fiebitis...! —dice la señora mientras suelta la resma. Leo una cabeza, dice simplemente "¡HOY ES A

MORIR!", que no sé cómo interpretar hasta que caigo en la cuenta de que se trata del diario deportivo.

Traer una fiebitis... Es como traer un derrame cerebral. Dos señoras lanzan quesadillas al alboroto del aceite hirviendo con indiferencia de inquisidoras. Los ojos desmañados de los comensales contemplan el chisporroteo filosóficamente.

—¡Saliuna diongo! —grita una de ellas; acostando la quesadilla sobre una servilleta. El cliente la recibe y la comienza a arrullar. Del otro lado de la servilleta alcanzo a leer: "A organizar la movilización final".

La mañana resuela bajo el dombo gris del cielo. Lo astilla una pesera que entra rugiendo al estacionamiento. Descienden de ella dos caballeros que se entregan al nacional pasatiempo de picarse mutuamente el culo. Observo su técnica: es depurada, gélida, eficaz. Me imagino el cuento sobre los duelistas de Conrad adaptado a México: en lugar de la camuña, Copilco; en lugar de espadachines, picadores de culo. Al terminar, bajan de la camioneta varios metros cúbicos de chocolates gringos, aparatos de sonido coreanos y cassettes vírgenes. Sus carcajadas rebotan en los muros de O'Gorman.

En la entrada de la facultad Dante supervisa al tianguis de libros viejos, nuevos y robados. Gómez de la Serna muestra los mofletes; Torri aprovecha su sitio en el suelo para espiarle los calzones a las estudiantes; Huidobro pierde la mirada en las jacarandas. Me llama la atención un libro que da la espalda. ¡Claro! ¡Tomás Segovia!

Hago cola en la caseta de firmas. Un maestro firma mientras suelta unas carcajadas densas y prolongadas como un *deslave*. Temo que dañe a la maestra que mide uno cincuenta que está allá abajo, junto a él, y que no alcanza los *hárdez* de asistencia. Me pregunto si deberé cargarla o si acercará una silla o qué. Pero ella firma en un costado del mueble una firma minuciosa, extensa y florida. Cuando se va reviso discretamente el

mueble. La misma firma lo cubre en toda su extensión como un papel tapiz. Me imagino a los funcionarios que, para constatar si la maestra ha asistido, mandarán pedir el mueble (por triplicado).

He llegado, exhausto, a mi salón. Los demasiados alumnos hacen un silencio respetuoso. Tengo que invocar todas mis fuerzas. Treinta ojos se posan en mí. Yo poso los míos en la ventana. Poso mis ojos en los alumnos. Ellos posan los suyos en la ventana. Carraspeo con fuerza, para darme ánimos. Dos alumnas empeñosas anotan en sus cuadernos. Imagino que algo como: "El Maestro ha carraspeado".

Ha llegado el momento de decidir cuál actitud tomaré este semestre. La primera impresión que uno deja es fundamental en ese sentido. Puedo ser malo, bueno, chocante o normal. Si decido ser bueno, sonrío mucho, me muestro afable y digo algo como:

—¡Bueno, pues henos aquí!

Si decido ser malo, clavo la vista en la persona que más gorda me cae, la pongo a temblar y le espeto de pronto: —¿Conoce usted "A una carroña" de Baudelaire?

Si decido ser chocante, prendo un cigarro, finjo estar muy angustiado y digo, dirigiéndome al muro más cercano:

—Enseñar es pervertir...

Este semestre opto por ser normal. Así que me espero a que me llegue algo de energía para comenzar. Cuando siento un bostezo mezclado con pánico sé que llegó el momento crítico. Entonces me lanzo como el maestro de *Ferdynurke* y comienzo a gritar, sabiendo que ese grito tardará un semestre en acabarse:

—¡El Poeta, el Vate, la Grandeza, la Belleza, el Misterio, la Luz, el Camino y el Destino!

